

Daniel Zetina

# Babilonia contra la fe



CHILE, 2013

Babilonia contra la fe por Daniel Zetina se encuentra bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Unported.](#)

@Daniel Zetina

@Olga Cartonera

[www.olgacartonera.blogspot.com](http://www.olgacartonera.blogspot.com)

olgacartonera@gmail.com

Twitter: @olgacartonera

Diseño Isotipo: Fernanda Pasten

Este ejemplar N°\_\_\_\_ es único, original e irrepitible y está hecho a mano por Olga Cartonera

Santiago, Chile, 2013





Para Liliana Huicochea Mújica



## **Babilonia contra la fe**

*Sostener que la Santísima Trinidad son dos, el Padre y el Hijo  
que  
ya se comieron en caldo a la paloma del Espíritu Santo, es  
herejía  
si el papa dice que no; si dice que sí, es ortodoxia. El papa es  
infalible.*

FV

I

En 2007 el escritor colombiano Fernando Vallejo se naturalizó mexicano y publicó el libro *La puta de Babilonia*. De acuerdo con la contraportada de esa primera edición, en él, el autor “saca a la luz el voluminoso sumario de los crímenes perpetrados en nombre de Cristo por su Iglesia desde el año 323 en que apoyada por el emperador Constantino pasó de víctima a victimaria”.

El libro salió a la venta con un tiraje de cincuenta mil ejemplares para Latinoamérica y empezó a venderse muy bien. Para febrero de 2008 la edición se había agotado y los pedidos empezaron a llegar. Pero un hecho puso a meditar a los editores sobre la reimpresión: el tres de marzo una pareja llegó hasta el edificio marcado con el número cuarenta y siete de la calle de Edimburgo, de la colonia Juárez en la Ciudad de México y detonó un “artefacto explosivo” que destrozó el automóvil de Vallejo y lesionó a un repartidor de cigarrillos.



Vallejo vivía en México desde la década de los noventa y su dirección era bien conocida, tanto por la prensa que solía evitar, como por jóvenes escritores, a quienes acostumbraba llamar *bellecitos*.

Los editores del Grupo Planeta, en especial la directora de la Colección de Autores Latinoamericanos, Ana Paula Álvarez, se alarmaron y convocaron a una reunión urgente en sus oficinas de la avenida Presidente Mazarik. Reimprimir el libro sería, sin duda, un éxito comercial, pero también aumentaba el riesgo de que el autor sufriera un nuevo atentado, ahora con más éxito que el primero, o que se corriera el rumor de que aquello se trataba de una estrategia publicitaria.

Era evidente que grupos católicos radicales estaban enfurecidos por la saña y la enorme cantidad de información verídica que Vallejo maneja con maestría en su obra. Incluso, la Conferencia del Episcopado Mexicano, a través de su vocero Manuel Corral, exhortó a los fieles a no comprar el libro, de ser posible a boicotearlo, y envió una sentida carta a la editorial, en la que se quejaba del carácter “flamígero” del libro y preveía que “algunos grupos radicales podrían tomar acciones al respecto”.

Quedaba claro que ya habían actuado. Como suele pasar en México, no se había detenido ni identificado a los agresores y los testimonios de los pocos testigos resultaban insuficientes. Pese a la turbación de los editores, Vallejo se presentó en el Grupo Planeta y pidió hablar con su editora. Ana Paula Álvarez lo recibió en la junta que celebraban los directivos para tratar de nuevo el tema. Vallejo, con su acostumbrado tono desfachatado anunció:

—Acabo de rendir mi declaración en el ministerio público. ¡Qué horror, la burocracia jurídica es peor que la misa!

Los asistentes no se contagiaron de su humor. La editora tomó la palabra:

—Fernando, estamos preocupados...

—¿Por qué?, ¿se perdieron los negativos?, ¿no se va a reimprimir mi libro?

—No es eso, pero queremos esperar un tiempo a que se resuelva lo de tu atentado...

—¡Atentado!, ¡qué bonita palabra! Atentado, o sea que soy una víctima, ¡un mártir!, ¡ja, ja, ja!

—Es en serio, Fernando, será mejor que...

—No, mi querida Ana Paula, por eso no se preocupen. A cualquiera le pasa. Tú o yo podemos salir y encontrar la muerte en un taxi o en la presentación de un libro a manos de un muchachito sin vello púbico, pero con suficiente fuerza para empuñar una pistola o una navaja. Dejémonos de sentimentalismos. ¿O es que no se habían dado cuenta de que lo que yo escribo no son cuentos rosas, y que además soy capaz de atenerme a las consecuencias?

Los editores, que no compartían esa actitud ante la vida, murmuraron y uno de ellos preguntó:

—¿Te cambiarás de casa?

—De departamento, querrás decir. Y no, seguiré viviendo ahí mismo, solo que tendré que conseguir un auto nuevo... ¡Ja, ja, ja! —por fin, las miradas de los editores lo pusieron serio—. En fin, no hay de qué preocuparse, los *Domini canes* no regresarán, estoy seguro. Además, mi calle estará vigilada durante meses, eso me prometió el director de la policía. Por cierto, ¿alguno de ustedes sabe qué dijeron en el Episcopado?

—Se deslindaron —dijo uno—. Creen que se trata de grupos aislados o alguna secta.

—Sectarios, ¡por supuesto! ¡Cómo no lo había pensado antes!

—¿Entonces, Fernando —insistió Ana Paula—, posponemos la reimpresión?

—No, no y mil veces no.

—Pero no eres el único que corre riesgos, debes de pensarlo bien —dijo el abogado de la empresa.

—No te preocupes, amigo, hace muchos años que la Iglesia Católica no mata a ningún editor. En serio, en todo caso, el blanco soy yo, no ustedes, es decir, la editorial.

—Eso quisiera creer, Fernando —terció Ana Paula.

—Amigos y querida amiga, los veo mucho más renuentes de lo que hubiera imaginado. ¿No será que están del lado de los curas, esos travestidos pederastas?

—Esto no se trata de ningún modo de una postura personal, señor Vallejo —atajó el director de marketing—. Nuestra posición es exclusivamente comercial y por eso queremos defender nuestros intereses. Comprenda, por favor.

—Bueno, miren, según me han dicho, la edición ya se acabó y en pro de los intereses comerciales reimprimamos el libro y dejemos el asunto de la bomba a las autoridades. De los curas y de los fanáticos no podemos andarnos cuidando, porque si no, no podríamos salir a la calle. Propongo un periodo de duelo de tres meses más para mi auto, después del cual, y de acuerdo con la demanda, sacaremos al mercado la segunda edición en donde se hable del atentado, ¡qué palabra!, y se publiquen fotos del mismo.

—Bien —concluyó el director editorial—, conservaremos la obra y respetaremos el plazo... aunque lo de las fotos lo vamos a pensar. Por el momento solo recibiremos los pedidos.

—Ahora me disculpan, pero tengo que irme —añadió Vallejo—, un amigo presenta hoy su primer libro y no pienso perderme un ridículo como ese.

## II

El jefe del departamento de ventas del Grupo Planeta estaba un poco incómodo. En dos meses había recibido pedidos por ochenta mil ejemplares de *La puta de Babilonia*. Pero no podía venderlos, pues la editorial no los imprimía. “Supersticiones”, se dijo al conocer los motivos del retraso.

—Mire —le dijo a su asistente—, van a cancelar estos pedidos y vamos a perder mucho dinero.

—No se preocupe, señor Sepúlveda, ya verá cómo los conservamos.

—¡No es posible! ¡Y con esta crisis!



### III

Algo más que la acumulación de pedidos sin respuesta aconteció en los tres meses de espera. La obra, que no podía conseguirse de manera legal, empezó a circular por medio de la piratería en puestos clandestinos. Al principio, las copias apócrifas fueron suficientes, pero pronto empezó su camino en la reprografía: las fotocopias empezaron a circular por doquier. El caso más interesante fue el de una universidad vinculada al Opus Dei, en donde el centro de copiado pagó veinte mil pesos al Grupo Planeta (mediante el Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor) por los derechos reprográficos, gracias a una práctica recién estrenada en el país, que consistía en obligar a los locales de fotocopiado a pagar una cuota por cada juego de copias de los libros que el Centro representaba. Nunca se supo el número total de ejemplares piratas ni de fotocopias (legales o ilegales), pero solo en dicha universidad, con un total de treinta mil estudiantes y profesores, se compraron dos mil copias.

Fernando Vallejo se enteró de aquello por el cheque que recibió de la editorial. Sin embargo, esperó a que venciera el plazo fijado por él mismo para reclamar un tiraje mucho más amplio que el anterior, incluso superior a los pedidos recibidos. De ningún modo se imaginó lo que le ocurriría después...

#### IV

Entre la primera edición original, las copias piratas y la reprografía se habían producido por lo menos setenta mil ejemplares de *La puta de Babilonia*. La segunda edición sí incluyó la foto del atentado en la contraportada y un epílogo del autor, como lo había solicitado. Se tiraron doscientos mil ejemplares, con una preventa asegurada de cien mil. Se inició una nueva promoción del libro y los medios respondieron como avispas a la miel, ante el regocijo del morbo general.

Vallejo apareció en radio, en televisión y en prensa con su imagen adusta, hablando del libro con bastante mesura, pero siempre con una sonrisa sardónica entre los labios. Sus sagaces oraciones fueron mutiladas o censuradas en prensa, pero del libro se habló fuerte y quedito. Los editores estaban contentos, el Episcopado Mexicano hacía berrinche y las librerías pedían más y más.

No fue el primer gran éxito de ventas para la editorial, pero este en particular lo disfrutaron bastante. Ana Paula Álvarez dijo en una entrevista a Reuters que la sombra del atentado había quedado atrás, y a pesar de que nunca se ~~buseó~~ encontró a los culpables, el asunto era cosa del pasado.

## V

Después de los medios de comunicación masiva, Vallejo visitó universidades liberales durante algunos meses. El Grupo Planeta impulsó nuevas ediciones de sus libros anteriores. Pura felicidad.

El dieciséis de noviembre, Fernando Vallejo salió solo de una fiesta en la madrugada. Caminó hasta su departamento. Cuando abría la puerta del edificio, de entre los automóviles estacionados salió un hombre y fue directo hacia él. Vallejo observó antes de sacar conclusiones. Sin entrar, cerró la puerta y encaró al hombre desde la banqueta. Al ver la maniobra, el intruso se quedó parado a unos metros de Vallejo. Era joven, alto y de apariencia atlética. Vestía ordinariamente y estaba desaliñado, aunque no era feo.

—Maestro... —dijo el joven con turbación.

—¿Maestro qué? —retó Vallejo.

— Maestro, he venido a verlo... no tema... He venido a invitarlo.

—¿Invitarme a qué?

—A una reunión, maestro. En su honor —al decir esto, el hombre ofreció una reverencia.

—Pues ahorita... no puedo... gracias.

—No es ahora, sino por la tarde, hoy mismo. Si gusta, podemos recogerlo y llevarlo en un auto.

—¿Y quiénes son *ustedes*, quién me invita?

—Somos sus... sus admiradores, maestro —nueva reverencia.

—Déjate de esas cosas, ¿quieres?

—Como guste, maestro. Entonces, ¿acepta nuestra invitación?

—Mejor dime en dónde es... a ver si puedo ir.

—En el restaurante Los Vikingos de Reforma. Está cerca de aquí, si gusta puedo pasar por usted a las cuatro de la tarde y podemos ir caminando.

—Está bien, ¿van a ir otros chicos como tú?

—Sí, maestro.

—Bueno, bueno, ya. Mañana nos vemos, bueno, por la tarde.

El joven llegó a la hora indicada y caminaron hasta Los Vikingos. Vallejo se mantuvo a un metro de distancia de aquel. Barajeaba las posibilidades de la invitación. Quizá se encaminaba hacia un interrogatorio, un juicio sumario o una muerte tortuosa. También podría tratarse de un grupo de jóvenes escritores o de alumnos que quisieran entrevistarle para una clase.

El joven caminaba en un respetuoso silencio, pero con firmeza y entusiasmo. Saborearía la victoria de antemano o estaría feliz por andar por la calle con su ídolo. Como sea, faltaba poco para que Vallejo despejara sus dudas.

Llegaron. En un privado del restaurante los esperaban catorce hombres de características similares a las del acompañante. La bienvenida incluyó una reverencia, ante la que Vallejo pidió que se dejaran de payasadas.

## VI

Después de no localizarlo durante tres meses, Ana Paula Álvarez decidió ir al departamento de Vallejo. El portero les dijo que podían subir. Ana Paula iba acompañada del abogado del Grupo Planeta y un guardia de seguridad, por si las dudas.

Arriba encontraron a Vallejo, medio ebrio, platicando con unos veinte jóvenes. Vallejo reía y gritaba. Su pequeño auditorio lo escuchaba entre risas alcahuetas y aplausos.

—Hola, Fernando, necesito hablar contigo.

—¡Ana Paula! ¡Qué gusto verte! Dime qué te trae por aquí.

—¿Podemos hablar en privado?

—Por supuesto. Amigos —dijo a sus escuchas—, me tendrán que disculpar un momento. Saldré con estas personas, pero regresaré pronto. No intenten seguirme, chicos —dijo con un guiño.

Entraron al restaurante del Hotel Hilton y pidieron una mesa apartada. Ahí Vallejo inició animado la conversación:



—No lo vas a creer, Ana Paula...

—¿Qué?

—Esos jovencitos que viste allá arriba son mis seguidores. Que yo tenga seguidores no es novedad, lo sabes, pero escucha: ellos están convencidos de que mi libro, nuestro libro *La puta de Babilonia* es algo así como una *Contrabiblia*. No una *Biblia Negra* ni nada obscuro en realidad, ja ja ja, sino un arma para hacer frente a la Iglesia Católica con sus propias palabras.

—¿Qué dices?

—Todos ellos leyeron el libro y creyeron que yo era como un pastor o algo así y que *La puta de Babilonia* es como su libro de culto. Bueno, no —reflexionó—, yo no soy un pastor, quizá exageré, pero sí un líder, ¡ja, ja, ja! ¡Fernando Vallejo un líder sectario! Mira, Ana Paula, yo no creo en las sectas, tú lo sabes, pero no te imaginas lo divertido que es, ¡y con todos esos muchachillos! Son como mis apóstoles, ¡ja, ja, ja!

—Fernando, estás ebrio.

—¡Imagínate, Ana Paula! No me han propuesto derrumbar iglesias —aunque tal vez lo hagan—, pero, jugando o en serio, dicen que van a comprar una casa y que ahí se realizarán reuniones y se leerá el libro, y que ofrecerá una especie de misa esenia.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Ana Paula.

—He meditado sobre la posibilidad de que sean judíos, científicos o escatólogos decepcionados de las falsas promesas, pero aún no lo sé.

—¿Y...?

—¿Cómo que “¿Y?””, querida? Bueno, te explico más: ellos se han encargado de “llevar la palabra”, ¡ja, ja, ja!, o debo decir la “contrapalabra”, por todos lados desde que ustedes publicaron mi libro. De hecho, se fueron conociendo entre ellos y ahora son un grupo de propagación en contra de la fe cristiana. Piénsalo, Ana Paula: como predicadores, pero al revés. Y lo hacen con mi libro bajo el brazo. Incluso se han atrevido a ir de puerta en puerta, ¡¡¡ja, ja, ja!!! —era tan estridente que los demás comensales no pudieron evitar voltear hacia su mesa—, como Testigos de Jehová, pero ¡Testigos de Vallejo! —y una fuerte carcajada sonó hasta el lobby del hotel.

—No lo puedo creer, Fernando, ¿en qué estás metido?

—No, espera —dijo Vallejo calmado su risa—, no te pongas moralista...

—¿Ya oíste lo que estás diciendo?

—Bueno, bueno, tenía que reírme con alguien. Porque lo que son esos muchachos... a veces hablan muy en serio y yo... pues no...

—¿Entonces?

—Entonces, creo que no he sido claro. Te explico: ellos me han dado algunas ideas. Según mis cálculos, la segunda edición del libro ya se habrá agotado y mis otros libros se estarán vendiendo mejor que nunca.

—Sí, justo por eso te he buscado, Fernando, hay que reimprimir.

—Lo sabía. Pero no vamos a reimprimir sino a reeditar. Los muchachos, ¿qué lindos, no?, ellos me han hecho observaciones que nos pueden beneficiar...

—Sí, claro, todos tienen pinta de teólogos, editores y expertos en marketing —se burló Ana Paula.

—No, espera: no los voy a defender, porque algunos parecen locos, sin duda, pero escucha: ellos me han sugerido una edición de bolsillo ¡y en papel biblia, por supuesto!, ¡papel biblia! ¡¡¡ja, ja, ja!!! ¡¡ja, ja, ja!!! ¡No lo puedo creer! ¡¡ja, ja, ja!!! ¡¡ja, ja, ja!!!

—¿Terminaste? —dijo Ana Paula, molesta.

—Sí, disculpa —Vallejo se limpió una lágrima—. Ellos quieren una edición de bolsillo, pero de calidad, para tenerla siempre disponible y llevarla a todos lados. Otra cosa que piden es una edición ampliada con índices onomástico y temático, una cronología, un glosario y fotos de los malditos papas, ¿qué te parece?

—Suenan muy bonito, pero yo te venía a decir que la nueva reimpresión solo sería de tres mil ejemplares, pues las ventas han sido buenas, pero ya van de bajada. Y con todo, estamos apostando.

—¿Tres mil? Eso está bien, para la edición normal... Y solo por el momento. La verdad es que necesitamos hacer por lo menos treinta mil de bolsillo y treinta mil de la versión ampliada.

—Eso rebasa nuestras capacidades, es muchos para nosotros...

—Para nosotros sí, pero no para ellos. Están dispuestos a comprar, de entrada, veinte mil de cada versión.

—Pero si solo son unos cuantos jóvenes. No puedes creer en sus promesas.

—¿Unos cuantos? ¡Ah, los del departamento! ¡Nooo! En total ahora son más de cinco mil.

—¡¿Cómo?!

—Sí, más de cinco mil, ¿qué crees que he estado haciendo en todo este tiempo?

—No sé, dime, pero solo si es de interés para el libro.

—Ellos me buscaron y me convencieron por medio de elogios de que los acompañara a visitar a diferentes grupos. Visitamos trece estados de la República Mexicana. Una vez, en Puebla, nos reunimos en el atrio de una iglesia, a ese grado.

—¿Y los conociste a todos?

—Bueno, no a todos, a muchos sí, pero por lo que he visto cada día hay más. Casi estoy seguro de que eso del templo ya lo están financiando. Y son muy unidos, cuando se conocen ya no se separan. Han empezado a trabajar juntos, y bueno, es una historia larga que luego te contaré. Por el momento es importante pensar en las ediciones.

—Oiga, usted no cree en las sectas, pero si lo que dice es verdad, esto es una secta —intervino el abogado.

—Muy suspicaz, licenciado, pero no sé si darle la razón. En todo caso, es una secta como la de *El club de la pelea*, nacida por generación espontánea y sin dioses, que es lo más importante.

—Por generación espontánea... pero basada en su libro.

—También he pensado que el libro es solo un pretexto para ellos... Yo no inventé nada, solo expuse una realidad oculta para la mayoría de los mortales ignorantes, como usted, pero pública desde hace años. En el fondo no sé y no me interesa mucho. Si esto es un credo, yo no creo en él; si es lo contrario, tampoco.

—Oye —dijo Ana Paula con una leve sonrisa—, *El club de la pelea* se basó en una novela de Chuck Palahniuk. ¿No te estarás dejando influir?

—Mmm... sí, es cierto. Pero no, esto es otra cosa. Lo de Palahniuk es ficción y esto es realidad. ¿Por qué no te decides de una vez, Ana Paula?

—Porque mi empresa no vive de conjeturas ni de grupos radicales. Así como están las cosas, no se puede hacer lo que dices... pero no hay que cerrar la puerta. Recuerda también que los derechos todavía son del Grupo Planeta.



—Claro, y no me interesa separarme de ustedes en este negocio. No te preocupes, Ana Paula, no pienso dejarlos ahora. Entonces, ¿lo hacemos?

—Ahorita no puedo. De veras, Fernando, si tuviera alguna prueba comercial de que eso que me pides es viable, podríamos negociar, antes no.

—Ah, claro, una *prueba comercial*... ¿Y qué si te digo que ya la tengo, querida?

—¿Y ahora con qué me vas a salir?

—Con nada y con todo. Dame un par de semanas y te daré con claridad la *prueba* que necesitas.

—Te doy ese tiempo o el que necesites y por el momento reimprimiremos los tres mil que te había dicho.

—Muy bien, es un acuerdo. No sabes lo divertido que ha sido todo esto, deberías venir a una de nuestras reuniones.

—Gracias —dijo Ana Paula entre mofa y sorpresa—: con esta plástica tengo suficiente.

—Yo también te quiero, preciosa. Nos vemos en quince días.

—Fernando, cuídate, esto puede ser peligroso.

—Ah... no te había dicho, pero en general ellos son pacifistas. Algunos ¡hasta practican yoga! Lo único que tienen en común es que detestan a *la puta* como tanto yo y que me adoran a mí como... ¡Son maravillosos!

## VII

—¿Estás loco?

—Sí, pero eso ya lo sabías, así que no veo por qué te sorprendes tanto.

—Bueno, eso sí —dijo Ana Paula recobrando la serenidad.

—¿Qué te pareció mi *estrategia comercial*?

—Convincente. No sé cómo, pero convincente.

—¿Recibieron los pedidos?

—¿Pedidos? La edición de tres mil se agotó en cuatro días. Los distribuidores están como locos otra vez. Librerías de todo el país quieren comprar en firme, hay pedidos prepagados de particulares, escuelas *muy* interesadas, y por supuesto, las miles de cartas de solicitud de “una edición de bolsillo” y “una edición ampliada”, que debes conocer, si no es que tú mismo las redactaste.

—Eres una desconfiada, Ana Paula. Lo que pasa es que a los chicos les urge.

—Sí, se ve. No sé cómo lo hiciste, pero dio resultado.

—¿Y bien?

—¿Cómo que “¿Y bien?””, Fernando? La empresa está muy interesada y los medios también. Han estado llamando de todas partes para pedir el libro y al autor, claro. Otra vez te saliste con la tuya.

—¡Perfecto! ¿Cuándo empezamos?

—Ahora sí, cuanto antes.

—Muy bien, mañana te envío con un muchacho los índices que necesitamos, el glosario, la cronología y las fotos.

—¿Qué? ¿Me estás diciendo que *ellos* ya hicieron el trabajo? Pero no creas que vamos a pagarles...

—Despreocúpate, lo hacen encantados, sin ningún interés personal. Si quieres hazles un contrato para que te cedan los derechos y págalos cualquier cosa, y si no, da igual. Ah, pero eso sí, necesitamos que los tirajes sean mayores.

—Estamos pensando en cuarenta mil.

—No, no, no, no, no. Que sean cien mil.

—Eso es una gran inversión.

—No te apures, *ellos*, como les llamas, tienen sus propios pedidos, que tú todavía no conoces y ni te imaginas. Se han puesto metas de venta personales y ya deben estar reuniendo el dinero. Tienen una estructura horizontal, ¡como en una guerra de guerrillas! En cosa de unas semanas, Ana Paula, eso se reflejará en la cuenta del Grupo Planeta... y yo tendré un buen cheque para mis animalitos. Recuerda que cualquier acción, por estúpida que sea, como en este caso, si le interesa a mucha gente puede convertirse en un buen negocio.

—Eres impresionante, Fernando.

—La vida es impresionante, no yo, Ana Paula, que soy un simple mortal... bueno, no, yo soy más que eso, sin duda, pero, ¡ag!, olvídalo.

—Quisiera saber en qué terminará todo esto, Fernando.

—De entrada, están las ventas.

—No me refiero solo al libro, sino a *todo* esto.

—Puedes quedarte hasta el final de la función si quieres, tú tienes reservado uno de los mejores asientos.

—Gracias, pero de verdad no me imagino cómo acabará, acabaremos.

—No lo sé y no me interesa. ¿Te dije que cada vez hay más mujeres en el equipo?

—¡Equipo! ¡Tienes un equipo!

—Es un decir, la verdad es que todavía no hay un nombre para el grupo, la secta, la contrasecta, la asociación cultural o religiosa, lo que sea, aunque yo de maravilla le llamaría “Los putos de Babilonia”.

—Eres imposible, Fernando.

—Espera unas semanas para que veas que sí podemos alcanzar los cien mil. Luego, ya veremos.

## VIII

¡¡¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja!!!

## IX

### *Cable informativo*

CIUDAD DE MÉXICO. 13 MARZO 2011. NOTIMEX | El día de ayer, escritor colombiano naturalizado mexicano Fernando Vallejo fue nombrado Papa del templo “Babilonia contra la Fe” (Bacofe), recién inaugurado en enero pasado en la colonia Juárez de esta ciudad capital. La ceremonia se desarrolló en el templo de la congregación a las diecinueve horas y a ella asistieron...

Una de las primeras declaraciones que Vallejo hizo a la prensa, tras ser ungido Papa (*sic*) fue la siguiente: “No hay papas buenos. Ni malos. Solo hay papas peores. Y yo voy a ser uno pésimo, es decir, el mejor”.

La recién nombrada directora general del Grupo Planeta, Ana Paula Álvarez, acudió a la ceremonia y al término de la misma declaró a los medios que el Grupo Planeta seguirá editando las obras de Vallejo, ahora en once idiomas y sesenta y tres países: “No se trata solo de un *best seller*, sino de un precursor y lo apoyaremos en todo. La capacidad intelectual y creativa de Vallejo es inigualable”, dijo.

La nueva religión, Bacofe, tiene como más alto valor luchar contra todos los preceptos de la Iglesia Católica y tratar de “borrar la palabra de Cristo de la Tierra”, según el manifiesto entregado a los medios.



X

—Oye, Fernando, ¿y hasta cuándo continuarás esto?

—Continuaremos, Ana Paula, continuaremos. La verdad no sé. Y, por favor, ya deja de preguntar estupideces.



**Daniel Zetina** (Ciudad de México, 1979). Escritor, editor, librero de viejo. Ha publicado en poesía *Continuación de las causas* (Casa del Poeta Peruano, 2005), *Alabanza del libro* (Astrolabio, 2013), *Vendrá la vida* (Cascada de Palabras 2013), *Primavera* (La Fonola Cartonera, 2013) en cuento de *El toro Pernot* (2004) *El colchón* (Editoriala, 2011), *Mentiras piadosas* (Instituto de Cultura de Morelos, 2012) y *Cuatro ramas* (La Gata Viuda Cratonera, 2013) y la novela *Cuarto en renta* (Ediciones Clandestino, 2012). En 2004 fundó Ediciones Zetina, con el que ha publicado más de 50 títulos. Es Licenciado en Letras y Maestro en Producción Editorial. Ha colaborado con géneros periodísticos y literarios en diversos medios de comunicación. Actualmente vive en la ciudad de Querétaro y escribe poesía, novela y minificción.

Facebook: [www.facebook.com/danielo.zetina](http://www.facebook.com/danielo.zetina)

Twitter: @DanieloZetina

Correo: [edicioneszetina@yahoo.com](mailto:edicioneszetina@yahoo.com)

Blog: <http://danielzetina.blogspot.mx/>

**Este libro se terminó de imprimir en Santiago, Chile,  
diciembre 2013**